

## CAPÍTULO UNO

# ¿NO HAY NADA MEJOR QUE ESTO?

**S**in camisa, Jordan Fletcher recostó su silla de playa en la asoleada terraza de su casa nueva en Sunriver, bañándose en la belleza del desierto del centro del Estado de Oregón. Siempre había deseado tener su lugar propio, especial. Ahora era suyo: y nadie podía quitárselo.

Diana, la esposa de Jordan estaba sentada a metro y medio de él leyendo su novela, pero bien podría estar a ocho kilómetros. Ellos habitaban mundos diferentes. Para él era más fácil evitar la conversación, ya que habitualmente terminaba en una lista de cosas en las que él la defraudaba o de cosas que ella quería que él hiciera. Cuestión de supervivencia, pensaba él, respirando el aroma de pinos frescos y contemplando las cumbres de los montes enmarcados por el inmenso cielo azul.

*Bueno, ella no puede acusarme de haber echado a perder las cosas con este lugar.*

—Voy a ir hasta la tienda caminando —la voz procedente de atrás de él lo sobresaltó. ¿Lilian? No sonaba como la voz de una niña, quizá porque ahora su hija de cabello rubio con matices color fresa tenía diecisiete años.

—Bueno —dijo débilmente Diana, sin mover los ojos de la novela, la historia de una vida mucho más interesante que la suya.

Jordan miró con desagrado la escasa vestimenta de su hija. Empezó a refunfuñar algo acerca de no hablar con muchachos extraños pero, para ese entonces, ella se había ido. Ella parecía esfumarse siempre en estos días, dejándolo que hablara solo. Lilian ya no pedía permiso para nada. La mitad de las veces nunca les decía adónde iba.

Miró hacia Daniel, su hijo de catorce, con el pelo peinado en un tieso mechón negro contra su pálida piel, los auriculares adosados permanentemente a su cabeza. Daniel estaba sentado bajo un pino del desierto, todavía enojado porque su mejor amigo no pudo acompañarlo y él se había quedado clavado con su familia. Vestía su perenne camiseta negra que ostentaba la imagen de un cantante de rock con un «Salve Satanás» esculpido al relieve, y sangre chorreando de las palabras. Daniel miraba una revista que Jordan no reconoció, probablemente de computadoras o vampiros o quién sabe qué.

Jordan se paró inquieto y pasó su mano por la suave baranda de la terraza. Miró las canchas de tenis divisando apenas a alguien que practicaba su servicio. Observó cuidadosamente tratando de averiguar si aquel fulano sería bastante bueno como para derrotarlo. Finalmente se dio vuelta y contempló la casa, su último símbolo de éxito y felicidad. Las persianas parecían gritarle.

*Idiotas.*

Los constructores habían instalado las persianas equivocadas. Él había dejado un mensaje y no había vuelto a saber de ellos. No dejaría que se salieran con la suya pero, aún así, el lugar era bello.

*Espera que Hal vea esto. Hace que su chالé de montaña parezca una cabaña. ¿Y la casita de playa de Matt? No hay comparación. Compraré un asador y lo tendré listo para el viernes en la noche cuando ellos lleguen aquí. Unas cuantas cajas de cerveza en hielo. Todo será perfecto.*

Miró el sitio vacío debajo del árbol donde había estado Daniel hacía un momento.

*Oh, bueno, tiene catorce. No es que necesite niñera.*

Jordan entró a la casa a buscar su portafolio que estaba encima de la brillante mesa de roble del comedor. Sacó las nuevas cifras mensuales de ventas. Ya las había revisado, pero quería volver a estudiar los números. Volvió a la terraza y se instaló de nuevo en su silla de playa, bebiendo limonada.

Sí, era cierto. Él había vendido más que todos. Volvía a estar en la cumbre.

*Puedo pedir un poco más de crédito, comprar ese bote para esquí acuático. Sin problemas.*

*Se sentía grandioso.*

*Sí, grandioso. Todo es genial. No podría ser mejor.*

#### PRIMERA CARTA

### *Nuestro acuerdo de trabajo*

**M**i recién asignado subordinado Manchainmunda: Quiero dejar estas instrucciones registradas a pesar de las reservas que tiene mi ayudante Emperrado que cree que es demasiado peligroso.

Como habrás sabido, hubo un reacomodo de la cadena de mando de tu sector geopolítico, precipitado por la destitución de Astar debido a sus actos reprobables de deslealtad contra el Amo Belcebú. Yo he sido designado para comandar tu región. Tú, junto con tu unidad de seis tentadores están ahora bajo mi autoridad. Así también todos tus sujetos presentes, incluyendo a Jordan Fletcher, el gusano que tienes asignado.

En la estructura de mercadeo de niveles múltiples de nuestro reino ahora estás debajo de mí. Yo seré el beneficiario de tus éxitos. También seré considerado responsable de tus fracasos. Cerciérate de que no haya ninguno.

Ya que tengo intereses personales invertidos en tu éxito, te ofreceré mi astuta asesoría y controlaré tu progreso. Te ayudaré a engañar y destruir a Fletcher. Juntos compartiremos los despojos de la victoria.

Yo soy un maestro de la estrategia y las tácticas. En mis cartas te enseñaré el fino arte del engaño. Empezaré con el Entrenamiento Básico de Malarrisa o, si así lo prefieres, Curso Elemental de Tentación.

Estos híbridos, a medias animales y a medias espíritus, que habitan este planeta, *nuestro* planeta, son una fuente interminable de fascinación y frustración. Son unas cositas tan horripilantes, globos deformes de carne, sacos hinchados de líquido y veneno. Excesivamente inferiores a los seres espirituales, debieran ser nuestros sirvientes, ¡pero el Enemigo nos habría hecho siervos de ellos!

Al tratar con Fletcher o cualquiera de ellos, no te olvides que al final no son más que materia prima para ser usada en contra de Él o por Él contra nosotros. Ellos son armas que esgrimir en nuestra guerra santa contra el cielo, esa ciudadela opresora que se llama LaGracia.

Nunca te olvides de la razón que tuvimos para revocar nuestra ciudadanía: para establecer el reino nuevo y más grande de Erebus, ese poderoso dominio del cual el infierno no es más que un basurero de chatarra, un gueto para los esclavos humanos. El Enemigo proclama que un día nosotros nos reuniremos con ellos ahí (yo pienso que no, pero si lo peor resulta cierto, hagamos primero todo el daño que podamos). Nuestro reino se construye cada día con los ladrillos de hueso y el mortero sangriento de los preciosos portadores de imagen del Enemigo, incluyendo a Fletcher, tu cucaracha.

Hazte el cuadro, Manchainmunda: Los sacos de barro están atrapados en el fuego cruzado entre Erebus y LaGracia. Esquiatorus, eso que ellos llaman la Tierra, esa herida pustulosa, esa úlcera gangrenada del cosmos, es el campo de batalla donde combaten dos reinos rivales por la lealtad de los frágiles hombres. Lo delicioso es que la gran mayoría de ellos no tienen idea de la batalla que ruge. ¿Cómo pueden prepararse para un combate sin siquiera saber que están metidos en este? Y, ¿cómo pueden ganar una batalla para la cual no se han preparado?

La regla Malarrisa número uno: mantenerlos en la oscura ignorancia.

La cuestión central siempre es esta: ¿Cómo podemos ejecutar nuestra venganza en el Enemigo? Él fue quien nos echó de nuestra habitación legítima. Él fue quien escogió a los sacos de barro en vez de nosotros. Él nos convirtió en un gobierno en el exilio, empujándonos

al interior del reino espiritual donde carecemos de un lugar que podamos llamar propio hasta que colonicemos Esquiatorus.

¿Qué podemos hacer para causarle dolor al Creador que, a primera vista, parece intocable?

La recopilación de datos de inteligencia brinda la respuesta. El Carpintero la brindó cuando le preguntó a esa lombriz de Pablo, «¿Por qué me persigues?» Bueno, ¿a quién perseguía él sino a los cristianos?

Ahí lo tienes, tan simple que es elegante: perseguirlos a ellos es perseguirlo a Él. Atacándolos a ellos (y a todos Sus portadores de imagen, débiles y vulnerables) matamos en efígie al Enemigo. Mejor todavía, en realidad le infligimos daño a Él.

Los gusanos son supremamente insignificantes por sí mismos pero, debido a que el Enemigo les asigna tanto valor, ellos se convierten en cosas inmensamente útiles para nosotros. Ellos son los objetos de nuestra agresión y los medios de nuestro ataque contra Él. ¿Qué mejor forma de herir al progenitor divino que secuestrarle Sus hijos, lavarles el cerebro y torturarlos?

Delicioso, ¿no? Manchainmunda, nunca pierdas de vista el cuadro general mientras empollas tus confabulaciones para Fletcher.

Como sin duda eres consciente, yo soy conocido en todo Erebus como un agente muy condecorado de Belcebú. Realmente, de tiempo en tiempo he viajado con el mismísimo Amo sirviendo como su confidente. Legendarios son mi sabio consejo y asesoría para los obreros en terreno. Hallarás que he logrado mucho más que Astar.

Considera como un privilegio recibir mi asesoría. Ten muy en claro que hay muchos que darían su brazo derecho para recibir mi consejo. También que te quede muy claro que muchos *han dado* su brazo derecho cuando fallaron en seguirlo.

A pesar de las reservas de Emperrado, el que yo envíe cartas a los subordinados tiene muchas más ventajas que nuestra comunicación acostumbrada. Algo vital se pierde en la transmisión verbal y uno nunca puede confiar plenamente en el mensajero. (El Enemigo tiene

la injusta ventaja de estar presente en más de un lugar por vez. El resto de nosotros tiene que arreglarse como pueda.)

Manchainmunda, tengo ante mí tu currículum de vida. Veo que solamente has tenido éxito mezclado con fracasos con los treinta y ocho sacos de barro que te encargaron en los últimos siete siglos. No menos de seis de aquellos se convirtieron en cristianos y te las arreglaste para descarriar del servicio al Enemigo solamente a tres.

Mis estándares son más elevados que los de Astar y mi tolerancia al fracaso es menor. Créeme, cuando digo que servirme bien obra en tu propio interés. Siéntate a mis pies y aprende o yacerás en mi plato y serás devorado.

El científico debe conocer a las ratas de laboratorios o no podrá usarlas con el mayor provecho. Guiado por mi astuto ojo, llegarás a entender a la presa humana. Aprenderás a cazarlos desarrollando los instintos aguzados del predador.

Presenta de inmediato información detallada acerca de Jordan Fletcher. En mi próxima carta te asesoraré acerca de mi estrategia para tentar en equipo. Ten muy presente que yo puedo hacer una visita al terreno en cualquier momento. Sin anunciarme.

Para ponerte en marcha, aquí tienes las Reglas Malarrisa del Aguijón:

1. Nunca pierdas de vista tu objetivo: esclavizar a Fletcher.
2. Busca la carnada perfecta, hecha a medida para él. Asegúrate de que el anzuelo esté bien escondido.
3. Usa tantas carnadas como puedas. Él puede pasar por alto una pero morderá la siguiente o se pasará la vida yendo de una, a otra.
4. Hazle promesas y cumple unas pocas cada cierto tiempo para que él no perciba la emboscada.
5. Tienta a tu presa con lo que él quiere tener, pero dale lo que tú quieres que él tenga. Atráelo, mívalo, asegúrale que todo va a salir bien, aunque lo estés engordando para el altar del Señor Satanás.

Si no estás bien familiarizado con mis condecoraciones y campañas pasadas, deberías revisar las sesenta páginas de mi currículum adjunto, el cual resume por encima apenas mis logros en el curso de los milenios. También adjunto las *66 Reglas Malarrisa de la Tentación*, un clásico famoso. Lee, maravíllate y obedece.

Hay muchas razones para que obedezcas mis órdenes. Primera, nuestro común compromiso a vengarnos del Enemigo y agredir a los sacos de barro. Segunda, el castigo que te infligiré si me haces quedar mal. Celebraré contigo tus victorias pero, si llegaras a fallar, te disciplinaré con severidad. La misericordia es la debilidad del Enemigo: no la mía.

Estamos forjando la única clase de alianza que funciona en Erebus: una coalición de mutuo interés propio que impide que nuestra casa se divida contra sí misma. Tú debes engañar y destruir a Fletcher para nuestro beneficio recíproco. Nos llevaremos muy bien en la medida que lo hagas.

Yo explico, aclaro e ilumino cuando hablo contigo. Yo escondo, eclipseo y oscurezco cuando hablo a los sacos de barro. Tú debes ser honesto conmigo y deshonesto con ellos. Nunca lo hagas al revés. Espero con ansias tu primer informe.

Manchainmunda, recuerda que los gusanos no han logrado expulsarnos de sus vidas cotidianas aunque han exorcizado con éxito a los demonios de su conversación diaria.

Nosotros siempre trabajamos mejor en la oscuridad.

*Tu indiscutible superior,*

*Señor Malarrisa*